



Nicolás de Cusa, *El don del Padre de las luces*, introducción, traducción y notas de Miguel García González, Servicio de publicaciones de la Universidad de Navarra («Cuadernos de Anuario Filosófico», Serie Universitaria 99), Pamplona 2000, 66 pp.

Es la primera vez que este opúsculo de Nicolás de Cusa se traduce al castellano. Escrito probablemente a finales de 1445 o principios del 1446, se contiene en este pequeño tratado —glosa al pasaje de la carta del apóstol Santiago, 1, 17: «todo don perfecto viene de lo alto, del Padre de las luces»— algunas de sus más conocidas doctrinas filosóficas: la creación, el ser y el conocer, la metafísica de la contracción, etc.

La introducción muy breve a la que sigue una sinopsis bio-bibliográfica resulta de gran utilidad para un público universitario que quiera tener una primera aproximación al pensamiento del Cardenal.

Es conocido que la figura de Nicolás de Cusa ha cobrado un interés creciente durante el siglo XX. La originalidad de su pensamiento filosófico se ha puesto de relieve en la medida en que se ha profundizado en su repercusión en la metafísica moderna y contemporánea. En esta misma colección ya se han realizado algunos trabajos de traducción y estudio que han ayudado a entender la complejidad y riqueza de su pensamiento, conocimiento indispensable para poder penetrar en la metafísica y en la teodicea moderna.

Su insistencia en la teología negativa, su doctrina de Dios como *coincidentia oppositorum*, el mundo como *explicatio Dei*, la naturaleza de la posibilidad, son cuestiones que han estado presentes en Schelling, Hegel o Leibniz.

Por lo que se refiere al tratado *De dato Patris luminorum* parece ser, como indica el autor en su introducción, que fue realizado a petición de Gerardo di Treveri, obispo de Salona, el cual, junto con el obispo de Metz había sido el ejecutor de una bula pontificia que otorgaba a Cusa el altar de San Juan Bautista

en la iglesia de San Martín y San Severino en Münster-Meinfeld.

Dividido en cinco partes, en la primera trata sobre la imposibilidad de conocer sin la asistencia del Padre de las luces; en la segunda y tercera parte se adentra en algunos temas más complejos como los que hacen referencia a la metafísica de la contracción: Dios es la forma del ser, productor de las formas finitas, no porque de Dios infinito pueda proceder lo finito, sino porque tal finitud consiste en ser un descenso, o una contracción de la forma divina absoluta. «Dios se ha dado como mundo sensible», pero el mundo sensible no es Dios. De igual modo con el tiempo, que viene a ser una contracción de la eternidad.

A partir del apartado IV, explica la segunda parte del pasaje de Santiago, que Dios es el Padre de las luces y explicita otro de los temas frecuentes en su pensamiento: el mundo como *apparitio* del Absoluto. La concepción del mundo como teofanía. Será en la quinta parte donde explique la jerarquía de los entes creados: todas las cosas proceden del Padre de las luces, pero proceden de Él según un particular descenso. Dios aparece como *forma formarum*, como la esencia de todas las cosas, pero sin ser ninguna de ellas. A través de un descenso gradual, de una peculiar contracción, la esencia divina es al mismo tiempo la esencia de todas las cosas. Y para el conocimiento humano, todas las cosas son luces de Dios, si sabe descubrir el camino ascendente.

La cuestión del panteísmo será también abordada en la introducción ya que, como el autor afirma, es otro de los temas principales que está presente en el tratado. Las acusaciones que Nicolás de Cusa sufrió en vida por parte del aristotélico Juan de Wenck siguen teniendo eco en nuestros días, al igual que el esfuerzo constante que el Cardenal tuvo que hacer para defenderse de tales acusaciones. A juicio del autor, entender adecuadamente la metafísica de la contracción es la explicación más acabada del Cusano por evitar el panteísmo.

M^a S. Fernández-García